



El infierno bajo el agua en **Tabasco** De los ciclos naturales a las catástrofes

Los rostros del agua

Cada año, al acercarse el mes de octubre, el temor a una inundación ronda como un fantasma por los hogares tabasqueños. A seis años de distancia, después de aquel fatídico año 2007 cuando el agua desbordada cubrió cerca del 62% del estado, la falta de confianza en las decisiones gubernamentales, anécdotas de abuso y sospecha de corruptelas, han creado una creciente desesperanza. Sabiéndose vulnerables, los tabasqueños se muestran confundidos por cómo, en el tránsito de unas pocas décadas, surgieron catástrofes que amenazan con intensificarse por una probable concurrencia con el cambio climático; se preguntan cómo lo que antes sucedía de manera normal cada año, en cuestión de medio siglo se convirtió en desastre.

Como saben los tabasqueños –en especial los habitantes de Villahermosa cuyos padres y abuelos vivieron las crecientes anuales de antaño–, los alrededores de la capital del estado son lagunas y humedales con una infinidad de arroyos, con nivel promedio de 10 metros sobre el nivel del mar¹. Este entorno se vincula con un sistema de cuencas que proviene del alto Usumacinta y Grijalva, con origen en territorio guatemalteco que entre montañas y declives llega hasta una planicie con una leve inclinación hacia el Golfo de México, lo que convierte a Tabasco en un enorme delta o llanura húmeda aluvial expuesta a grandes precipitaciones pluviales y a escurrimientos serranos, condición evidente en el hermoso mapa de Alberto Correa de 1891. Villahermosa tiene varios afluentes como murallas naturales: los ríos Carrizal, de la Sierra y Viejo, lo que genera condiciones propicias para crecidas ex-

traordinarias, las más recientes y de mayor impacto en 1980, 1999, 2007 y 2010.

Por estas circunstancias, las inundaciones nunca fueron extrañas. La más conocida en la historia es el llamado “diluvio de Santa Rosa”, el 30 de agosto de 1782, donde según Carlos Martínez Assad en *Breve historia de Tabasco*: “La riqueza fue arrasada: se inundaron las haciendas de ganado, que se habían introducido con particular éxito, así como las plantaciones de cacao, por lo que muchas familias quedaron en la miseria”.

En la época colonial, la ausencia de oro y plata junto con el clima tropical y abundancia de alimañas, alejó a los españoles, salvo quienes incentivaron un punto de retirada ante la colonización de Yucatán, como fue el caso de Francisco de Montejo y el pueblo de Santa María de la Victoria, antecedente de Villahermosa.

Para 1895 había en Tabasco 135,000 habitantes, gente fundamentalmente de campo. Con poca población y la abundancia de agua, fue natural que los pobladores se asentaran en puntos altos, aprovechando los ríos como medios de comunicación; estos sitios prosperaron y con el tiempo se convirtieron en cabeceras municipales: Tenosique, Balancán, Jonuta, Montecristo (hoy Emiliano Zapata)

en la ribera del río Usumacinta; Frontera y San Juan Bautista (hoy Villahermosa) en el Grijalva; Tacotalpa y Jalapa en el río de la Sierra; Macuspana en el Puxcatán; Cunduacán, Jalpa y Nacajuca sobre el río Cunduacán; Comalcalco y Paraíso en el río Seco, antiguo cauce del Mezcalapa.

Los ríos eran las venas abiertas de un comercio dinámico que hizo posible el esplendor de los barcos de vapor y cayucos que iban y venían en las cercanías. Los caminos de herradura poco se utilizaban, pues como apunta el historiador Elías Balcázar en *Tabasco en sepia*: “Se volvían intransitables en una buena parte del año, durante la época de lluvias y crecientes”, y llegaban a quedar hasta cuatro metros bajo el agua.

Con todo, las crecientes no eran vistas necesariamente como una calamidad, por ejemplo, existen testimonios de que la creciente era benéfica para fines de agricultura porque dejaba un limo que daba más fertilidad al terreno. El ensayista tabasqueño Andrés Iduarte, autor de la novela autobiográfica *Un niño en la revolución mexicana*, mientras pasó su infancia en Tabasco presenció una inundación que frustró su traslado a la capital mexicana en el contexto de los conflictos revolucionarios; si bien hubo muertos,



¹ Aproximadamente el 60% del territorio tabasqueño está a un nivel inferior a 20 metros sobre el nivel del mar (msnm), aunque la altura promedio de 11 de las 17 cabeceras municipales es un poco mayor: Cárdenas 15 msnm, Comalcalco 9 msnm, Cunduacán 10 msnm, Frontera 2 msnm, Huimanguillo 20 msnm, Jalpa 8 msnm, Jonuta 15 msnm, Macuspana 17 msnm, Nacajuca 5 msnm, Paraíso 2 msnm y Villahermosa 10 msnm.

pestilencia y enfermedad, la describió como:

“Susto para nuestros padres, alegría para los chicos, sobre todo cuando el nivel del agua alcanzó medio metro dentro de la casa. Porque eso significaba que afuera ya se podía navegar. Así vivimos quince días, para mí de dicha. Andábamos sin zapatos y navegábamos en canoas y cayucos. Recorriamos el pueblo y sus alrededores. La corriente del río arrastraba cadáveres de perros, de gatos, de caballos; racimos de plátanos; troncos de árbol; verdes islas de Jacinto... Una gama de cosas y colores que nos seducían.”

Como apunta el profesor Álvaro Ruiz Abreu, en su espléndido artículo “Tabasco: una cultura del agua”, en la planicie tabasqueña se “construyó una sociedad aldeana, reñida de provincianismo y atraso”, en medio de esas “aguas que han visto por siempre los tabasqueños, unas veces como lluvia torrencial, otras como líquido vital para el cultivo, fuentes de vida”, lo cual ayudó a construir una cultura del agua que propició “un estrecho contacto con la naturaleza que hace del hombre en Tabasco un ser que debe domar los calores, los moscos, las inclemencias del tiempo; un hombre que no teme enfrentarse a los problemas inmediatos”.

Los ríos eran las venas abiertas de un comercio dinámico que hizo posible el esplendor de los barcos de vapor y cayucos que iban y venían en las cercanías. Los caminos de herradura poco se utilizaban, pues en época de lluvias llegaban a quedar hasta cuatro metros bajo el agua.

Existían formas de vida, hábitos y costumbres, trazas urbanas, actividades económicas y establecimientos poblacionales que estaban habituados a las secuelas ambientales más o menos regulares (como las inundaciones) producto de una larga experiencia histórica; esto generó un reconocimiento territorial, prácticas y conocimientos culturales que tuvieron repercusión en la vida y cultura material. No obstante, en algún momento este pueblo con una cultura del agua, pareció desandar su historia. Y lo que antes era natural, una expresión de la inclemencia de la naturaleza, de pronto tomó rostro de desastre.

Los desastres anunciados

Durante el siglo XX, las inundaciones se mantuvieron. Se recuerda una que hubo antes, en 1879, después de una lluvia de 130 horas; posteriormente, existen fotografías de 1910, 1918, 1920, 1927, 1932, 1952.

En el sexenio del presidente Miguel Alemán Valdez, entre 1946 y 1952, se

conformaron comisiones de administración de las principales cuencas del país como proyectos de desarrollo; el 27 de junio de 1951 se decretó la Comisión del Grijalva. En 1953, Adolfo Ruiz Cortínez prometió: “El estado de Tabasco recibirá gran impulso al quedar liberado de las inundaciones, mediante las obras de control que se harán en el Río Grijalva y con ellas la explotación intensiva de no menos de 500,000 hectáreas de tierra consideradas por los técnicos entre las más fértiles del mundo. (Aplausos)”

Las obras invadieron la planicie tabasqueña en dos momentos:

- ▶ Entre 1959 y 1972, con la construcción de obras de almacenamiento: las presas Raudales de Malpaso (Nezahualcóyotl), la Angostura (Doctor Belisario Domínguez), Chicoasén (Ingeniero Manuel Moreno Torres) y Peñitas.
- ▶ Entre 1972 y 1985; con el inicio en 1965 del Plan Chontalpa y las carreteras como intento de integración, posteriormente surgió el Plan Balancán-Tenosique y otros subproyectos para incentivar las bondades agrícolas del campo tabasqueño con el afán de volverlo la “Holanda de México”.

Aunque en papel, la Comisión del río Grijalva y los respectivos subproyectos partían de una visión integral de la cuenca Grijalva, la realidad fue otra. Se trató de un reordenamiento territorial exclusivo de las tierras bajas, como asegura Fernando Tudela en *La modernización forzada del trópico*: “Primero se intervino en la cuenca baja y luego se concretaron las obras en la cuenca alta, que básicamente consistieron en grandes y costosos vasos de almacenamiento.” Esta modificación de los flujos, acompañada de canales de alivio, desagües, bordos, malecones, puentes y compuertas, en el transcurso de cuatro décadas modificó sustancialmente la ex-



Las modificación de los flujos, acompañada de canales de alivio, desagües, bordos, malecones, puentes y compuertas, en el transcurso de cuatro décadas modificó sustancialmente la experiencia histórica de los tabasqueños, habituados a las crecientes de agua.

perencia histórica de los tabasqueños, habituados a las crecientes de agua. Si bien las inundaciones anuales desaparecieron, las extraordinarias se mantuvieron. En 1955, sobre la inundación acaecida en 1952, el ingeniero Luis Echegaray Bablót descubrió que:

"...el 51% de las aguas provino de las cuencas altas del Grijalva y el Usumacinta, y el 49% fue motivado por lluvias locales. Es decir, la cuenca alta y la cuenca baja aportaron más o menos la misma cantidad de agua en la creciente de octubre de 1952. Las lluvias de la zona baja fueron muy abundantes, pero las de la cuenca alta tuvieron una proporción normal de las crecientes ordinarias. *Cuando son muy abundantes las lluvias tanto en la cuenca alta como en la baja, y el escurrimiento de aquellas ocurre simultáneamente con las lluvias de la parte baja, las inundaciones toman caracteres catastróficos*, como las de 1879, 1918, 1927 y 1932."

Posterior a la enorme infraestructura construida por la Comisión del río Grijalva, hubo varios llamados de atención sobre las inundaciones extraordinarias, los más relevantes en 1973 y 1980; en esta última fecha el gobernador del estado era Leandro Roviroso Wade, ferviente promotor del sistema de presas hidroeléctricas y antes secretario de Recursos Hidráulicos. Ya para ese momento, el fantasma del desastre hizo aparición como un acontecimiento "sin precedentes". En el cuarto informe de gobierno, se lee:

"Nos sentimos profundamente conmovidos por el gesto de solidaridad y de hermandad que el señor Presidente de la República nos demuestra con su presencia aquí, en estos momentos en que una conflagración de la naturaleza ha interrumpido el ritmo de trabajo de Tabasco y que ha sido conocida a tra-

vés de los diversos medios de comunicación de todo el país: la inundación que sufrió la ciudad de Villahermosa y otros lugares del estado, debido a una continua lluvia de varios días que constituye un fenómeno sin precedentes en la historia de nuestra región."

La condición de reordenamiento exclusivo de las tierras bajas provocó poca atención en la media y alta (en especial en Guatemala) donde surgían los escurrimientos más importantes que en periodos de 5 a 12 años coincidían con grandes precipitaciones pluviales en la cuenca baja. Las obras acentuaron la condición de vulnerabilidad al cuadricular el territorio como albercas que ante crecientes menores detenían los excesos, pero al contrario, al sobrepasarlos realzaban los encharcamientos. Fue así que poco tiempo después, de nuevo otro evento "sin precedentes" hizo aparición. Para 1999, siendo gobernador Roberto Madrazo Pintado, la sombra del desastre apareció otra vez. No obstante, fue el momento para repensar la política hidráulica en la región con la ingenua idea de restituir el sentido del comportamiento original de la cuenca.

Un poco antes se había hecho un estudio que proponía restituir cauces, reconocer la función de pantanos y lagunas, establecer zonas de regulación o amortiguamiento y mejorar o utilizar la infraestructura existente como parte de un sistema y no como obras individuales. De ahí surgió el desarrollo de algunos planes de acción y en el año 2000 se continuó con el *Proyecto Integral para la Protección contra Inundaciones de la Planicie de los ríos Grijalva y Usumacinta*, y en 2007 con el *Análisis conjunto de los ríos de La Sierra: Plan Integral para el Aprovechamiento del río Grijalva*.



Unos años después, en 2007, se presentó de nuevo una inundación extraordinaria, con efectos en cerca de 1,500 localidades (90% eran rurales), 123 mil viviendas, 1.5 millones de damnificados (75% de la población), 73% de la red de carreteras, 570 mil hectáreas agrícolas; afectaciones por más de 3,100 millones de dólares, en comparativo, el 29.31%, de la estimación del Producto Interno Bruto del estado. Se planteó entonces el Plan Hídrico Integral de Tabasco, de la Universidad Nacional Autónoma de México y la Comisión Nacional del Agua, como marco para fortalecer los planes de acción planteados anteriormente.

Como muestra de la necesidad humana, a pesar de un ambicioso programa de obras de contención y desviación a través de compuertas y escotaduras, las condiciones de riesgo siguen alentando el fantasma de nuevos desastres, pues la experiencia ha enseñado que ninguno de estos programas ha detenido las inundaciones extraordinarias. Con todo y los estudios recientes, se puede concluir que un desastre se construye históricamente, en particular cuando nació el Tabasco moderno, el Tabasco nuestro como la crónica de desastres anunciados. ☞

Miguel Ángel Díaz es investigador del Departamento de Sociedad, Cultura y Salud, ECOSUR Villahermosa (mdiaz@ecosur.mx).